

— Perdón... Giselda... Perdón!...

Y luego agregó :

— Es extraordinario, Giselda... Voy á deciroslo para que lo comunicuéis á quienes ello pueda interesar... Estaba convencido de que hoy le tocaría el turno al pequeño príncipe Ethel, pero veo que antes están los relojes-calaveras de Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg... ¿Cómo pudieron cambiar de sitio?... á no ser que Juanillo, cuando estuvo aquí, los desarreglara... Ya sé, señora, que ese joven os lo contó todo en el convento de los serafines, pero no puede ser, quizás estoy perdiendo la memoria, porque me vuelvo viejo... lo cierto es que Ethel tiene todavía algún tiempo para vivir... pero, señora, advierto que se hace tarde y que vuestro séquito estará impaciente... vamos... por aquí...

Giselda más muerta que viva se dejó conducir por Bautista... Regina que también había sufrido la agonía de escena tan desgarradora dió gracias á todos los santos gitanos porque ya tenía tiempo para salvar á Ethel... Regresó Bautista al cuarto de los relojes, tomó los dos primeros y se marchó.

Regina constató que había quedado el de Ethel y después de llamar á Juanillo, que se había quedado dormido en el corredor, salió del Palacio Real por la bodega que le había dada acceso. Tomó un coche, se hizo conducir frente á la parte trasera de la embajada de Austrasia y Juanillo vió con estupefacción que la joven se puso á mirar intensamente las celosías cerradas y juntando las manos orar un rato, luego hacer el signo de la cruz y por último volver á acomodarse en el coche y exclamar : « Ahora me toca el turno!... »

## LIBRO SÉPTIMO

### LA TORRE JAULA DE HIERRO DE NEUSTADT

#### I

#### UN SARAO FAMILIAR

Algunas semanas después de los acontecimientos que acabamos de relatar esperaba un joven, con verdadera impaciencia á la puerta del mesón del Valle del Infierno la diligencia que venía de Todtnau con dirección á Friburgo.

Había llegado á caballo en la mañana de ese día y como se le cansara el animal, preguntó si no le podrían alquilar otro para ir á la torre Jaula de Hierro.

El patrón de la posada contestóle que no había un solo caballo en las caballerizas y que además no era posible ir en ese día á la torre Jaula de Hierro.

— ¿Sabéis acaso con quién habláis?

— Perdón, Alteza, contestóle Federico II. No hay más vehículo para conducir á su señoría hasta la torre Jaula de Hierro que la diligencia que viene de Todtnau... Por lo demás, ahí llega, os deseo que encontréis un puesto en ella...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY

Afortunadamente para nuestro joven viajero, encontró un puesto en la imperial de la diligencia.

Los viajeros se apearon para reposarse un tanto; fué tópicamente de todas las conversaciones el doble matrimonio que se celebraba ese día en la torre Jaula de Hierro. Las gemelas de Carintia, Regina y Tania, se casaban, la primera con Carlos de Bramberg y la segunda con el príncipe Ethel, heredero de la corona imperial.

Decían que se celebraban las bodas en estricta intimidad debido al duelo de la corte y al estado de agitación en que se hallaba el país, pues de norte á sur y de oriente á occidente sólo había descontentos que hacían aprestos para levantarse en armas contra el gobierno imperial.

Por último arrancó la diligencia y nuestro joven viajero se vió incomodado por la insistencia con que lo miraban dos sujetos llamados Matías y Martín y de seguro habríales pedido explicaciones si no hubiera temido embarazar aún más su viaje.

Un anciano que se hallaba en la puerta de la posada gritóles á los dos sujetos :

— Cuida de mi fusil, Martín, y no dejes mojar la pólvora, Matías, que tengo presentimiento de que hoy le daremos caza á los lobos!

El patrón de la posada observó :

— No es esta la estación propicia!

Alguien dijo :

— No hagáis caso; mucho tiempo hace que chochea el viejo Enrique Müller.

Martín contestó :

— Nada sabemos... Y en toda estación se pueden cazar lobos!

Los caballos partieron á gran trote.

Algunos comentaban con acritud el matrimonio de

Regina pues el duque Carlos era detestado en toda la región. En cambio consideraban muy feliz á Tania que se casaba con el joven y hermoso príncipe Ethel, heredero de la corona imperial.

El joven y taciturno viajero nada decía.

Algún curioso le preguntó :

— ¿Caballerito, formáis parte acaso de la comitiva de los novios?

— No, caballero, contestó el joven frunciendo el ceño... Voy de caza y llevo aquí un arma que se llama *cuchillo de Valaquia* y ha cortado lenguas menos charlatanías que la vuestra.

Los viajeros se cuidaron mucho de volverle á dirigir la palabra á hombre de tan malas pulgas que revelaba en su fisonomía una profundísima agitación.

Cuando los viajeros divisaron la torre Jaula de Hierro y oyeron que repicaban á misa, alguno dijo :

— Es la hora de la ceremonia. Dentro de un cuarto de hora habrá una princesa Roja; que le haga mucho provecho!

Otros decían :

— Mirad cuántos soldados; en todos los senderos que conducen á la torre hay patrullas.

— ¿De qué tendrán miedo allá arriba? Quizás tema la Princesa Roja que le arrebatan el marido!

Esa humorada provocó las risas de los viajeros, pero casi inmediatamente irguióse el melancólico viajero con aspecto terrible y desenvainó su cuchillo de Valaquia.

Reinó profundo silencio y nuestro joven, envainando de nuevo el cuchillo, exclamó :

— Es preferible apear-me... Hasta otra vista, caballeros...

Los demás guardaron silencio y el joven se asombró

de ver bajar al mismo tiempo con él, del interior de la diligencia, á los dos sujetos que lo habían mirado en la posada con tanta insistencia.

Acercáronse y preguntáronle :

— ¿Tenemos el honor de hablar con el señor Reginaldo?

Este, fastidiado, contestóles :

— ¿Qué os importa y por qué os preocupáis de un viajero que no se preocupa de vosotros?

Entonces ellos le respondieron « dos y cuarto. »

Reginaldo les extendió la mano.

— Excusadme, díjoles. ¿Quién os envía?

— « El reloj rojo », respondió Matías...

— « La colchonerita », respondió Martín.

— De manera que estaba enterada de mi venida y me esperaba! dijo el joven con emoción que advirtieron los dos sujetos.

— El Reloj Rojo lo sabe todo, dijo Matías con sencillez. Sabía que debíais venir, pero no os esperaba tan temprano!

— Naturalmente, como que me ordenó que no viniera sino á las diez de la noche á la posada del Valle del Infierno.

— Con efecto, replicaron los dos sujetos, nos habían dado vuestra filiación para reconocerlos y ponernos á vuestras órdenes.

— ¿Qué debíais decirme?

— Qué estábamos dispuestos á conducirlos hasta el lugar donde se halla vuestra hermana Myrrha!

— Muy bien, señores, mucho me holgaré con ver á mi hermana. ¿Está bien de salud?

— Muy bien. La vemos todos los días y hemos hecho muy buenas amistades... ¿Pero á dónde os encamináis, Señor Reginaldo? Por ahí no hay camino ninguno.

— Me paseo, contestó el joven. Mas, ¿qué venís á hacer conmigo?

— Pues, os diremos, Señor Reginaldo. Nuestra ama nos ordenó que no os abandonáramos un solo momento y os condujéramos enseguida al alojamiento de vuestra hermana Myrrha!

— Está bien; yo le prometí á nuestra ama no venir antes de las diez de la noche, pero un acontecimiento que supe por casualidad en casa de la emperatriz me hizo adelantar el viaje. No soy como la emperatriz Giselda que se priva del placer de ver unirse al príncipe Ethel con Tania por no ver la blanca mano de Regina en la mano roja del Príncipe Rojo! Yo la estimo demasiado para no asistir á la ceremonia de sus bodas.

Y trató de trepar por unas rocas escarpadas que daban acceso al jardín de la torre Jaula de Hierro.

Los dos sujetos se lanzaron tras él y como Reginaldo les ordenase que no lo siguieran, Matías hizo observar que tenían orden expresa de no abandonarlo ni un momento.

— Entonces, seguidme, dijo el joven trepando con agilidad de mico por las escarpadísimas rocas que daban acceso al jardín.

Los dos sujetos intentaron en vano seguirlo; Reginaldo había coronado ya la altura y lanzaba un salvaje grito de triunfo antes de desaparecer, . . . . .

No acaban de repicar por la tercera vez, cuando apareció el cortejo nupcial: el clero con el arzobispo cardenal de Viena á la cabeza, el emperador, el rey Leopoldo Fernando y los príncipes y princesas.

Por fin llega el cortejo. Las desposadas están hermosísimas bajo sus velos blancos. El emperador les toma el brazo á las dos y el cortejo se encamina hacia

la capilla. Ya iban á penetrar en ella, cuando de golpe se oyó un estrépito de algo que llega con ímpetu irresistible perseguido por los guardas. Es el joven Reginaldo; ábrese paso á empujones, colócase frente al emperador y á las gemelas y proclama en voz alta mientras blande con una mano el cuchillo de Valaquia :

— Esa mujer será sólo mía; juro aquí ante Dios y ante el emperador que *es mi prometida según las costumbres de la Puerta de Hierro!*

Y volviéndose bruscamente hacia el duque Carlos que venía con Ethel á proteger al emperador y á las gemelas contra semejante loco, exclamó :

— Aquél ha de entendedérselas conmigo; es un cobarde y un felón á quien le arrancaré el corazón para arrojárselo á los perros de los *gadschi!*...

Por el primer momento, la sorpresa paralizó á Regina. Luego apoderóse de ella la ira y dijo con furor apenas contenido :

— Aprehended á ese loco! Es el lector de la emperatriz y no es la primera vez que me ultraja!

Avanzóse el duque de Bramberg, pero Reginaldo colocóse de un salto contra un pilar y poniendo el cuchillo en ristre amenazó con matar al primero que lo tocara.

— Llevadlo á un calabozo! rugió Regina... Duque de Bramberg, os prohibo que toquéis á ese sujeto, porque debo decirle algo antes de entregároslo!

Y volviéndose hacia los guardas :

— ¿Qué hacéis vosotros? ¿Por qué no lo aprehendéis? Los guardas, temerosos, permanecieron inmóviles.

— ¿Os da susto coger á ese chiquillo? exclamó la voz iracunda de Regina... ¿Seré yo quien habrá de aprehenderlo?

Y apartando con extremada brutalidad al duque de

Bramberg que quiso interponerse, saltó como una leona sobre Reginaldo y le asió la muñeca con su blanca manecita. El gitano no opuso resistencia, bajó los ojos ante aquella mirada de fuego, rechazó la mano de Regina, envainó su cuchillo y cruzándose de brazos, entregóse tranquilamente á los guardas que quisieron desarmarlo. Regina les dijo :

— Dejadle el cuchillo para que se defienda de los ratones del calabozo.

Alejóse Reginaldo y ya se había formado de nuevo el cortejo cuando gritó su última desesperación :

— Stella, acuérdate de tu juramento, que aun es tiempo. Si consientes en ser la esposa del Príncipe Rojo ante el Dios de los cristianos, que es el nuestro también, jamás serás mi mujer!

Regina hizo un gesto de fastidio y avanzó hacia el altar.

Minutos más tarde el arzobispo cardenal de Viena unía al príncipe Ethel con la princesa Tania y al duque de Bramberg con la princesa Regina de Carintia...

El día transcurrió apaciblemente á pesar de la desagradable intervención del loco. Algunos invitados se extrañaban de que hubieran escogido la torre de Jaula de Hierro para celebrar las bodas más encantadoras que había presenciado la corte de Austrasia. Otros respondían que tal había sido el deseo de la princesa Regina quien quería adoptarla como lugar de residencia y hacerla tan alegre como triste había sido antes.

El emperador había accedido al deseo de la princesa porque no quería fiestas en su lúgubre Hofburg. Además, él debía regresar esa misma noche á Viena.

Todos comentaban lo mucho que había envejecido y sin embargo aquel día viéronle iluminársele la mirada al presenciar el cambio de argollas matrimoniales. En

un mismo movimiento espontáneo, que traducía toda su ternura, estrechó á las dos jóvenes contra su corazón.

La emperatriz no había asistido á la ceremonia. Á su regreso de París dió cuenta al emperador de su visita al cuarto de los relojes y anunció que se retiraba del mundo pues deseaba vivir solitaria hasta su muerte entre la luz y las flores de su quinta de Corfú. Al emperador, que le pedía explicaciones, le respondió: «Allí por lo menos no veré á Leopoldo Fernando ni á Carlos de Bramberg!»

Después del almuerzo quisieron Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo dar un paseito por frente al calabozo donde estaba encerrado el joven loco que había osado levantar sus ojos hasta una princesa real de Carintia; pero Regina se opuso, declaró que ya era dueña de casa y que era preciso someterse á su voluntad. Su marido no opuso resistencia y todos observaron que la obedecía ciegamente, que la amaba con pasión y que el brutal duque de Bramberg había desaparecido para dejarle el puesto á un duque sumiso y enamorado.

Regina, haciendo un gesto de orgullo, exclamó:

— Todas esas tierras, hasta donde alcanza la mirada, con animales y pastajes, pertenecen al Príncipe Rojo, mi marido bien amado.

— ¿Por qué llamarme Príncipe Rojo? imploró el duque con acento amoroso. Deseo olvidar ese nombre...

Regina soltó la carcajada.

— ¿Por qué, señor mío querido? Á mí me parece hermoso; es un nombre que asusta y sé de buena fuente que el pueblo no lo pronuncia sin temblar.

— Ya no es mi deseo hacer temblar, replicó el duque mirándola con cariño.

— ¿Qué deseáis entonces?

— Que me amen.

El reir de Regina se oyó más estrepitoso y pareció bajar de tumbo en tumbo hasta el fondo del valle.

— Buena noticia es esa, dijo la joven, y juntos hemos de ir á comunicarla á los labriegos y aldeanos. Yo les diré: «Tened entendido que el duque de Bramberg, el más terrible de los príncipes, ya no se llama el Príncipe Rojo, sino Carlos el Bueno.» Yá, yá!... Mirad, justamente distingo allá abajo, en derredor de la iglesia de Büchen, unas cabañas donde tendrá resonancia la noticia. Dadme el brazo, querido Carlos y vamos á llevarles la buena nueva!...

— ¿A dónde? preguntó el duque que no sabía á ciencia cierta cómo apreciar el entusiasmo de su esposa..

— ¿No veis?... frente á mí... seguid la dirección de mi mano... ¿veis la aldea? ¿y el pequeño *chalet* situado en la plaza de la iglesia?... Allí aprendió el oficio de relojero Jacobo Ork!...

En el círculo de príncipes y princesas prodújose verdadero estupor al oír pronunciar aquel nombre que nadie osaba pronunciar en la corte.

Era preciso que la encantadora y traviesa niña mimada no temiera ninguna reprimenda, para atreverse á evocar con una sola palabra el drama más misterioso de cuantos habían desgarrado la familia imperial.

Como todos guardaran silencio, Regina prosiguió:

— ¿No os interesa acaso conocer el lugar en que hizo su aprendizaje el archiduque Jacobo?

Contó pormenorizadamente los amoríos de Margarita con Jacobo, y explicó cómo los fieles amigos de este último, Matías y Martín, abandonaron sus *chalets* después de la misteriosa desaparición de Jacobo con su mujer y sus hijos.

— Os aseguro, decía Regina á los invitados consternados, que al pasar por la plazuela donde están los

*chalets* abandonados se experimenta la sensación de pasar por un cementerio...

Mientras así hablaba, Leopoldo Fernando y Carlos de Bramberg se alejaron un tanto para no escuchar ese relato...

Viendo tan fastidiado á su marido, dijole Regina :

— Vamos á dar un paseo por la aldea... Así tendremos ocasión de ver las viejas viviendas de Jacobo Ork, de Matías y de Martín...

Carlos intentó retenerla, pero Regina se escapó corriendo y gritó :

— El que me ame que me siga!

Fué preciso correr tras la duquesa, que saltaba peñascos y oteros como una cabrilla; en el trayecto hallaron la barraca ambulante de la campesina de la Selva Negra; Regina quiso que todos se hicieran predecir el porvenir; á nadie se le escapó que Carlos de Bramberg palideció extremadamente al oír los pronósticos de la gitana; Regina se contentó con decir, soltando la carcajada :

— Es una vieja loca, vuestra campesina de la Selva Negra; á mí, que nunca he cazado lobos, me dijo que ya se había inaugurado la cacería de los lobos... y fué lo único que me dijo... Pero vamos, señoras y señores, á ver los *chalets* abandonados!.,.

Todos llegaron á la plaza de la iglesia y de pronto hubo un movimiento de estupor en la concurrencia : los tres *chalets* que por tanto tiempo habían permanecido cerrados, acababan de abrir sus puertas!... Los habitantes eran los mismos, pero habían envejecido : Matías, con su blusa de relojero, inclinaba la cabeza... Martín parecía abrumado por la fatiga... y con los utensilios de carpintería en la mano... Enrique Müller, el suegro de Jacobo Ork, temblaba de tal modo

que nadie podía explicarse cómo lograba sostenerse sobre sus débiles piernas.

— Nadie los había visto entrar á los *chalets*, pero sus nombres, repetidos por todas las bocas, resonaron en la plaza y atrajeron á todos los aldeanos que se precipitaron para ver lo increíble. Pero se detuvieron á cierta distancia con respeto.

Regina se avanzó hasta la puerta del *chalet* de Enrique Müller y le dijo con voz clarísima :

— Buen Señor don Enrique, jamás podréis vos solo limpiar todo ese polvo. ¿Queréis que os ayude?

El pueblo todo prestó atención para oír la respuesta del anciano. Este dijo :

— Gracias, reina mía, no tengo necesidad de nadie, porque ya son las dos y cuarto!...

Escuchóse un rumor en la muchedumbre. Todos dijeron á la princesa :

— No hagáis caso que es loco : es el viejo dos y cuarto!

La princesa preguntó al anciano :

— ¿Que habrá de suceder á las dos y cuarto?

El anciano respondió meneando la cabeza :

— Que regresará Jacobo Ork!

Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo no pudieron contener una sorda exclamación y palidecieron como muertos.

Regina, apoyada en la ventana del *chalet*, prosiguió :

— Ah! conque Jacobo Ork va á regresar!... Esa noticia ha de asombrar á muchas gentes!... ¿Quién os dijo que había de regresar Jacobo Ork, don Enrique?

— El amigo Matías, reina mía!

El viejo continuó limpiando los muebles y Regina se llegó hasta el *chalet* de Matías, que se hallaba atareado componiendo unos relojes :

— Buenos días, Matías... ¿no me reconocéis?... Más de una vez he venido á veros cuando me he hallado de paso en la región con la emperatriz Giselda... siempre me componiais mi reloj que se adelantaba... ¿recórdáis.

— Sí que recuerdo á Vuestra Alteza, respondió Matías sin levantar la cabeza... La princesa se servirá excusarme si continúo mi trabajo, pero es el caso que tengo mucho que hacer!

Continuad Matías... que mucho tiempo os han esperado vuestros relojes!...

— Oh! no sabemos, Alteza, imaginaos que todos se pararon á las dos y cuarto.

— Curiosa coincidencia, dijo Regina á su padre y á su marido que volvieron á palidecer y guiñándoles el ojo agregó:

— Dejadme obrar y veréis cómo no resultará infructuoso este paseito.

Volvióse hacia Matías y preguntóle:

— Decidme, Matías, ¿es verdad que regresa Jacobo Ork?

— ¿Dicen eso, princesa? preguntó Matías. ¿Y quién lo dice?

— Don Enrique Müller, vuestro vecino.

— ¿Y está bien enterado?

— Díjome que vos mismo le habiais comunicado la noticia.

— Es cierto, replicó Matías, levantando por fin la nariz.

— ¿Y cómo lo supisteis?

— Me lo contó Martín.

Fuése Regina hacia el *chalet* de Martín seguida por príncipes y princesas y lo encontró en mangas de camisa alisando una tabla.

— ¿Estáis haciendo algún trabajo urgente, Martín, que trabajáis en un día de reposo para los demás?

— Sí, señora, muy urgente trabajo es, contestó Martín.

— ¿Y puede saberse qué estáis haciendo?

— Un ataúd! señora, replicó Martín con acento sombrío...

— ¿Un ataúd? ¿Acaso se ha muerto alguien en la región?

— Nadie que yo sepa, señora.

— ¿Entonces por qué me decís que es urgente?

— Porque, bella princesa, os diré...

Llegóse hasta ella y díjole... Porque... nunca sabe uno quién vive mi quién muere... Y como va á regresar Jacobo Ork... puede suceder...

— ¿Qué puede suceder?...

— Que haya gentes tan asombradas de su regreso que se mueran de susto... no sabe uno...

Y volvió á su trabajo...

Regina insistió tratando de reír:

— Aun una palabra, fúnebre carpintero... ¿Quién os dijo que había de regresar Jacobo Ork?

— Él mismo!...

Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo se acercaron...

— ¿Lo viste acaso? preguntó Regina...

— No, señora!

— ¿Entonces cómo pudo decirte que regresaría?

— Porque se puede hablar con las personas sin verlas.

— Martín, ven acá y respóndeme: ¿Cómo supiste que regresaba Jacobo Ork?

Martín se acercó á la ventana, extendió el brazo y mostró un punto del horizonte. Todó el mundo siguió

con la vista la dirección indicada por el carpintero.

— ¿Qué veis en lontananza? preguntó Martín.

— Veo la Selva Negra, respondió Regina.

— ¿Y en la Selva Negra, qué veis?

— La torre Jaula de Hierro de Neustadt!

— ¿Y qué hay en la torre Jaula de Hierro?

— Seguramente no está allí Jacobo Ork, porque venimos de la torre y no le vimos, Martín.

— ¿Entrasteis al *cuarto del dolor*? preguntó el carpintero.

Regina meneó negativamente la cabeza.

— ¿No? Si no entrasteis al *cuarto del dolor* no pudisteis ver á Jacobo Ork, porque ese es su aposento. Bellas princesas y príncipes apuestos, escuchadme: vosotros conocisteis á nuestro amigo y lo que voy á relataros puede despertar vuestro interés: la noche en que desapareció Jacobo Ork vino á buscarme y díjome: « Martín, vengo á comunicarte que me marchó; si deseas saber cuándo he de regresar, pásate día y noche por la Selva Negra, cabe la sombra de la torre Jaula de Hierro de Neustadt... cuando veas entreabrirse la ventana del *cuarto del dolor* que da sobre el Valle del Infierno, puedes estar seguro de que no me hallo lejos... » Dicho esto se marchó y como se llevó lo que yo más quería en el mundo, su mujer y sus hijos, no permanecí largo tiempo en este lugar... Estaba vacante un puesto de guarda campestre, lo ocupé y así pude cumplir su deseo de pasearme día y noche cabe la sombra de la torre Jaula de Hierro de Neustadt... Mis paseos han durado años y años... y no transcurría un día ni una noche sin que yo mirara hacia la ventana del *cuarto del dolor*... Ahora bien, damas hermosas y gallardos príncipes... ayer... anoche, á las dos y cuarto en punto ví de pronto que la ventana del *cuarto del dolor* se ilu-

minaba... sí, se iluminaba... y se abrieron las celosías como lo había prometido Jacobo Ork... y luego todo volvió á oscurecerse... Creo yo, señoras y caballeros, que Jacobo Ork no se halla lejos... Todos deben saberlo... y ahora dejadme fabricar los ataúdes en calma...

Los circustantes todos escucharon las frases de Martín con verdadera ansiedad.

El nombre de Jacobo Ork tenía el don de poner en movimiento todas las imaginaciones de la aldea; pero pronunciado en tan solemnes circunstancias, producía terror...

La princesa Regina contestó á Martín:

— Venid con nosotros, Martín. Si en realidad se halla Jacobo Ork en el *cuarto del dolor*, hemos de verlo.

Martín respondió:

— Á vuestras órdenes, bella princesa, pero si lo permitís, preguntaré á Matías y á Enrique Müller si quieren acompañarme, porque á mis años no debe aventurarse uno sin sus amigos en la selva, sobre todo después de que Giska anunció que se había inaugurado la *cacería de los lobos*.

Dicho esto, llegóse á donde sus amigos y poco después volvieron los tres juntos:

— Listos estamos, dijeron á una los tres sujetos.

Regina dijo al oído del Príncipe Rojo:

— Llevemos estos tres compadres al castillo, que allá, si son charlatanes, habrán de desatar la lengua ó los enviaremos á que acompañen á Reginaldo en su calabozo.

Carlos sonrió siniestramente y alegróse de haberse casado con mujer tan inteligente.

El cortejo todo se puso en marcha hacia la torre Jaula



de Hierro: adelante iban Leopoldo Fernando, Regina y Carlos de Bramberg... á la retaguardia venían los tres viejos con sus fusiles al hombro.

Ya llegando al castillo, paróse de pronto la comitiva, aterrados por un grito desgarrador que se oyó en el castillo.

Carlos habló primero:

— Parecióme que era el grito de la loca!

— Á mí también, respondió Leopoldo Fernando... pero no, es imposible!

Y volviéndose hacia Regina, díjole:

— Mucho tiempo hace que murió la pobre María Silvia!

Regina, con gesto acariciador, acercóse á su padre y tomándole las manos con ternura, díjole:

— Pobre papacito... siempre pensando en mamá ¿Era así como gritaba cuando le prodigaban cuidados en la torre Jaula de Hierro?

— Sí, Regina, así gritaba y te aseguro que es terrible porque no me imaginé nunca que se oyera desde tan lejos... Es seguramente ese otro loco de Reginaldo quien grita como tu madre!

— Seguramente es Reginaldo, el pobre loco lector de la emperatriz, nuestro pobre caballero loco y enamorado de mí... grita... me llama y si se escucha su grito es porque atraviesa los calabozos. Mamá se fugó por allí en su triste locura y Reginaldo también podría salirse por allí.

— Hice colocar la piedra que tapa los calabozos, declaró el Príncipe Rojo con aspecto sombrío...

— La reina loca pudo levantarla en otra época... y el gitano Reginaldo, que es más fuerte que la desdichada María Silvia...

— Se ahogará seguramente si quiere fugarse, dijo el Príncipe Rojo.

— Que se ahogue y nos deje tranquilos, dijo Regina con voz encantadora.

— Se ahogará si no tiene para hacerlo flotar en el agua, como María Silvia, un pequeño ataúd, dijo Martín.

Continuó la marcha el cortejo para detenerse de nuevo pocos pasos más adelante al ver abierta la ventana del *cuarto del dolor*. Leopoldo Fernando, con voz insegura, dijo:

— No puede negarse que es un acontecimiento increíble. El emperador ha prohibido expresamente que se penetre en esa ala del castillo y además esa ventana no se puede abrir por fuera.

— Sí, se puede, declaró Regina...

— ¿Cómo? interrumpió Bramberg.

— El viento pudo abrirla, observó Regina.

— Efectivamente, contestaron todos á una y hasta Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo trataron de reír, afirmando que el viento había abierto la ventana.

Martín respondió con tranquilidad:

— El viento no pudo iluminar el cuarto del dolor y yo vi pasar una luz por detrás de los vidrios...

— No fué el viento, pero sí la luna, respondió Regina.

— Efectivamente, declararon todos, fué la luna, porque anoche había claro de luna.

Penetraron al castillo; en el umbral los aguardaba el emperador rodeado de Ethel y de la encantadora Tania.

Regina dijo á su padre y á su marido que se les reunieran y que ella se encargaba de los tres ancianos.

Todos volvieron las miradas hacia el salón de festividades: allí habían servido un banquete que presidía el emperador; cada cual ocupó su puesto correspondiente y aguardaron á que Su Majestad rompiera el

silencio; pero Su Majestad permanecía mudo, contemplando un enorme tapadero de plata en forma de campana que se hallaba sobre la mesa y que de golpe dió doce campanadas. El emperador, más pálido que un muerto, le levantó y todos pudieron ver entonces un reloj-calavera que marcaba las dos y cuarto aunque sólo eran las nueve de la noche.

Francisco, haciendo un esfuerzo supremo, soltó el brazo de su fiel criado Ismaíl que había corrido á prestarle ayuda, y dijo con voz apagada :

— El oculto enemigo que desde hace tantos años persigue á mi desdichada familia con sus ataques asesinos, no podía dejar pasar una fiesta como la presente sin turbarla con una amenaza. No me sorprende esa nueva amenaza. Una vez más se halla entre nosotros el enemigo común. Hablo en voz alta porque deseo que me escuche. No he venido á este castillo sino con la esperanza de encontrarlo. No ignoro ninguno de los detalles del crimen que se cometió contra él. La emperatriz me los contó detalladamente y tomo sobre mí todas las responsabilidades... Que cese de ocultarse y de herir á mansalva!... Le ordeno que se presente ante su emperador y su rey, que no quiere convertirse en justiciero, sino en la última de sus víctimas. Jacobo Ork, ¿ dónde estás? Jacobo Ork, ¿ nos ves?... Contempla á tus sobrinillas, las dulces gemelas de Carintia que tanto amaste, las hijas de tu hermana que en este día nupcial te imploran y te temen : míralas cómo anudan sus brazos temblorosos las cabezas adoradas de sus maridos ; Tendrás el triste valor de herirlas en su vida y en su amor? Te repito que yo, el emperador, soy el único culpable de cuanto sucedió. Por orden mía, por una insensata orden mía y también por la fatalidad de las imprevistas circunstancias que concurren,

se vertió en esta vivienda la sangre que tanto querías... hiéreme pero ten compasión de ellas... y de todos los seres que son caros á mi corazón! Jacobo Ork... ten piedad de mí!... ten piedad de nosotros!...

Jacobo Ork no respondió al llamamiento y en vano repitieron su nombre los ecos del vetusto y sombrío caserón.

El emperador levantó la frente y agregó :

— Voy á llamarlo por última vez en un lugar donde seguramente me ha de escuchar... porque yo sé que nunca está ausente de ese lugar... Esperadme todos aquí... lo ordeno... que quizás se atreva á venir viéndome solo.

Y caminando como un sonámbulo salió del salón el anciano emperador... seguido por su fiel servidor.

Regina, á pesar de la orden del monarca, siguió tras él y los demás convidados la imitaron, aunque á prudente distancia.

La fantasmagórica procesión recorrió en pos del emperador salones y corredores abandonados, luego una larga galería por cuyas ventanas se filtraban los rayos de la luna... y escaló unas gradas tratando de hacer el menor ruido posible...

El emperador se detuvo ante la puerta del *cuarto del dolor* y púsose á escuchar por ver si había alguien dentro.

Algunas antorchas que traían los príncipes se apagaron como por arte de encantamiento y por el hueco de la cerradura del *cuarto del dolor* salió un rayo de luz.

El emperador exclamó :

— Jacobo Ork! Jacobo Ork!...

Nadie respondió, pero se entreabrió la puerta y el emperador, después de haber visto lo que había, lanzó un grito de condenado, de bestia herida de muerte, y

precipitóse al través de escaleras y corredores, apartando con gesto loco á los príncipes y princesas y exclamando :

— Huíd!... Huíd!... Huíd!...

Todos, enloquecidos, lo imitaron en su fuga. Sólo Regina conserva su sangre fría, ordena la retirada, da las órdenes necesarias, hace montar á los invitados en sus carrozas, y ordena que el cortejo tome el camino del Valle del Infierno...

En el gran salón sólo queda la terrífica visión del reloj-calavera...

## II

¿QUÉ OBJETIVO SE PROPONÍAN LOS ANCIANOS DE LA SELVA  
NEGRA?

¿Qué objetivo se proponían los ancianos de la Selva Negra?

Leopoldo Fernando partió á la cabeza de la comitiva, como para custodiar la carroza del emperador, caballero en un brioso alazán.

Negros presentimientos lo agitaban y al llegar al lugar donde oyeron el grito desgarrador que les pareció ser el de la loca, dos sujetos que reconoció ser de los fieles amigos de Jacobo Ork, le hicieron alto, apuntándole sus fusiles.

No dudó un momento de que el reloj-calavera hubiera dado su hora y no pensó sino en escaparse, hincóle las espuelas al caballo...

Sonaron dos disparos y cayó muerto el caballo; Leopoldo Fernando estaba ileso pero quedó aturdido con el golpe; antes de que volviera en sí, atáronle las manos y los pies y le pusieron una mordaza.

Oyóse el galope de la comitiva; Martín y Matías

apartaron el cadáver del caballo y se escondieron tras un matorral, cargando con Leopoldo Fernando.

Pasó la carroza imperial y las demás carrozas de los invitados que se alejaban rápidamente de aquel castillo maldito.

Los dos ancianos empujaron suavemente el cuerpo de Leopoldo Fernando hasta colocarlo al borde de un abismo que se abría junto á la torre Jaula de Hierro.

El momento fué de una angustia desgarradora; Leopoldo Fernando cerró los ojos para no presenciar su propia caída, pero súbitamente los abrió y dióse cuenta de que lo descendían por medio de una cuerda que le habían atado á la espalda. ¿Qué pretendían los dos ancianos?

## III

## UNA NOCHE DE BODAS

Ya se habían alejado todos los invitados y Carlos de Bramberg, preso como los demás de incontenible pánico, había ordenado que engancharan su carroza...

Preguntóle Regina :

— ¿Qué es eso?

— Nuestra carroza, mi amor, respondió Carlos.

— ¿Me abandonáis acaso, duque de Bramberg?

— ¿Yo abandonaros? ¿En qué estáis pensando, Regina? Nos vamos juntos; ¿no sois acaso mi bien? Y además el emperador ordenó que huyéramos; es preciso obedecer la orden del emperador.

— Partid, si os place, Señor Carlos... yo me quedo... y dejo que huyan los cobardes!

El príncipe enrojeció hasta la punta de los cabellos.

— Regina, ¿creéis que tengo miedo?

— Sin duda, miedo á una sombra y á un reloj, miedo de todo y de nada. Tenéis un miedo tan grande que no sabéis qué es lo que os amedrenta. Tenéis tanto miedo como los que huyeron... como el emperador que se desmayó ante una visión forjada por su cerebro deli-

rante... Porque yo también he mirado por el hueco de la cerradura del cuarto del dolor y nunca he visto nada... Pero el emperador se enloquece cada vez que oye dar *las doce campanadas del reloj-calavera...* y vos también, Señor Carlos, tenéis miedo del reloj-calavera!...

— Pues bien, es cierto, le tengo miedo á ese reloj, confesó Carlos bajando la voz. Vos sabéis que cada vez que repica un reloj-calavera es para anunciar la trágica muerte de uno de nosotros... ¿Y vos no teméis el reloj-calavera que da las doce cuando marca las dos y cuarto?

— A ése no le temo.

— ¿Por qué?

— Porque yo misma lo hice fabricar.

— ¿Vos, Regina?

— Sí, yo, y lo coloqué sobre la mesa, mi duquesito adorado, respondió Regina riendo, como una loca.

— ¿Con qué objeto? preguntó Carlos estupefacto.

— Para que huyeran, príncipe mío y nos dejaran solos, mi amor. Echóle los brazos al cuello; Carlos á pesar de la extrañeza que le causaba aquel procedimiento, quedó preso en las redes de Regina y quiso besarla en la boca; pero ella lo rechazó con mucha dulzura, diciéndole:

— Aquí no... ven, Carlos mío, para que veas el hermoso nido de amor que tengo preparado.

Siguióla el duque como un esclavo; con efecto, ante su vista se presentó la más hermosa alcoba nupcial que pudiera imaginarse; todo allí era claro, joven y alegre; era un poema entonado al amor; las flores, los cortinajes, los tapices, los cuadros en que bellísimas mujeres desnudas se dejaban admirar por los más esforzados héroes de la mitología, Hércules desarmado ante los pies de Onfalía y en el centro, el vasto lecho tentador...

Carlos se acercó á Regina con las manos temblorosas, pero ésta le observó que no estaban solos. Con efecto, dos mujeres esperaban allí.

Regina dijo:

— Mi querido Carlos, en momentos en que voy á ser vuestra esposa me es muy grato recomendar á vuestra solicitud estas dos señoras que durante tantos años me sirvieron de madre: Orsova, á quien amo con amor filial y esta otra á quien no quiero menos y que quizás recordéis, pues mi madre tenía costumbre de llamarla la pequeña Milly.

Carlos se estremeció al oír pronunciar ese nombre que evocaba en su imaginación trágicos recuerdos. ¿No se hallaba acaso Milly en la embajada de Austrasia la noche de la muerte de Reinaldo? Regina le suplicó la dejara sola un momento con sus dos mamás. Carlos abrió la puerta del costurero que le indicaba su mujer, pero inmediatamente dió un salto hacia atrás y á las preguntas de su esposa, respondió con voz insegura:

— En ese cuarto hay una persona.

— No es posible, replicó Regina, y fué á ver si era cierto.

Casi enseguida volvió riendo y dijo:

— Qué olvido el mío; es mi costurera á quien le ordené me aguardara porque tengo algo que entregarle. Y tomando una cajita de ébano con incrustaciones de plata, dióselo á Carlos y agregó: Hacedme el favor de entregarle ese regalo. Lo merece, porque trabajó con mucha asiduidad en la confección de mi *trousseau*.

Carlos tomó la cajita y preguntó:

— ¿Qué hay aquí dentro?

— Objetos de su profesión.

— Efectivamente, dijo Carlos abriendo la caja, pero todo es de oro. ¿Qué hará con tan rico presente?

— Lo que á bien tenga. Pero entregádselo en propia mano y conducidla luego hasta el corredor porque es ciega...

— Ciega! exclamó Carlos.

— Sí, ciega y con una historia muy conmovedora. Imaginaos, mi duque querido, que se llama Myrrha y cuando era amazona y exhibía su gracia y destreza en los circos, llamábanla la *divina Myrrha!* Quizás la conocisteis también; yo, aun cuando era muy pequeña en esa época, me hacía llevar al circo para aplaudirla... Pero pasaron los tiempos felices, volvióse ciega de pronto y en su hogar se presentó la miseria. Como ella sabía cuánto la admiraba yo, informéme de su angustiada situación, y fué así como la tomé á mi servicio.

El duque obedeció; entregó el regalo á Myrrha y la condujo hasta el corredor. La ciega no contestó una palabra y sólo se estremecieron sus blancas manecitas y sus pupilas sin luz.

Carlos, hondamente conmovido durante un instante, trató de desbechar el recuerdo del crimen de Trieste, así como momentos antes había querido borrar de su memoria la trágica muerte de Reinaldo.

Oyó la clara risa de Regina que llenaba la alcoba con gorjeos amorosos. Taloneado por la impaciencia quiso entrar, pero le contestaron de adentro:

— Todavía no.

Y siguieron las risas...

Regina preguntó:

— ¿Se marchó la costurera?

— Sí, se marchó y os envía las gracias por el regalo.

— Pobre Myrrha! ¿Sabéis cómo se volvió ciega?

— No, ni me interesa.

— No tenéis corazón, señor duque!

— Señora duquesa, si os fuese dado verlo, os compadeceríais de mí.

— Prestadme atención, que os lo voy á contar.

— ¿Qué me vais á contar?

— Las circunstancias en que se volvió ciega la pobre Myrrha. Imaginaos, mi querido duque, que Myrrha no era solamente una bella amazona sino también una joven virtuosa... pero tuvo la desgracia de encontrar un miserable que la violentó de manera abominable y lo que es más abominable aún, el autor de ese crimen le quemó los ojos para que nunca pudiera reconocerlo. ¿Qué os parece, mi Príncipe Rojo?

— Me parece que el tal bandido era un listo, exclamó el duque con sonrisa sardónica que pronto se transformó en mueca de horror al ver una nueva visión... Mostrando algo con el brazo, rugió:

— Siempre lo mismo!

— ¿Qué sucede, preguntó Regina.

— ¿No veis allí, encima del armario, un reloj-calavera, un reloj maldito?

Mas luego agregó, tratando de serenarse:

— ¡Qué tonto soy! Seguramente sois vos quien se divierte en hacerme tales sorpresas.

Mas de nuevo se interrumpió al ver la mirada de pánico de su mujer, quien le decía:

— No, Carlos, esta vez no he sido yo... Ese reloj no lo conozco!

— ¿Entonces quién lo ha podido colocar allí?

— ¿Cómo quieres que lo sepa? No pudo caer del cielo y seguramente aguardará á que den las dos y cuarto para dar las doce campanadas que matan!... Carlos, es preciso defendernos!

— Sí, defendámonos!

— No nos dejaremos matar como corderos, exclamó

haciendo un gesto de valor como para proteger á su esposo.

— Es preciso saber por qué motivo se halla allí ese reloj...

— Deja el sable, gritóle Regina y toma estas dos pistolas para levantarles la tapa de los sesos si se presentan...

Corrieron como locos por el cuarto.

— Llama á tus gentes, rugió la bronca voz del duque...

— ¿Á mis gentes? Ah! sí... Orsova!... Milly!... ¿Se han marchado?... Esto es increíble!... Carlos, te digo que esto es increíble!... Cuidado!...

El duque retrocedió al oír esa advertencia.

— ¿Qué sucede?

— Me pareció que se abría esa puerta!

— Cerrémosla...

— Sí, cerremos todas las puertas.

Regina, con los cabellos flotantes y aspecto de loca, corrió á cerrar las puertas, aumentando el pavor del duque.

— Como bien comprendes, decía ella, cuando un reloj-calavera ha dado la hora fatal, nadie sabe cómo ni por dónde llegará la muerte!

— Efectivamente, por eso te dije que nos marcháramos de este castillo maldito.

— Huyamos.

Y resueltamente avanzó Regina y abrió una puerta. Carlos palideció como un muerto.

— Nada se oye, dijo ella. Todos abandonaron el castillo como si estuviera infestado... No hay más seres vivientes aquí que los dos! Ah!... Ah!...

— ¿Qué?... ¿Qué?...

— Ah!... Ah!...

— ¿Qué?... ¿Qué?...

— Allí!... Entre la obscuridad!... Allí!... ¿No ves algo que se mueve?

Estalló una bronca detonación. El duque había disparado y retracediendo tembloroso, dijo á su esposa:

— Entra y cierra la puerta!

Echaron los cerrojos de la puerta con gestos de insensatos...

Regina observó:

— Tenemos demasiado miedo para huir, preferible es que nos atrincheremos en la alcoba hasta que alumbre el día. Empuña el sable y vigila mientras yo inspecciono debajo de la cama...

Grotescos y terribles inspeccionaron minuciosamente todo el cuarto.

El silencio aumentóles primero el pavor, mas luego tranquilizólos un poco.

Regina abrazó á Carlos y como éste pareciese avergonzado de su pánico, tapóle ella la boca con la mano y dijole:

— Bien sé yo que eres un valiente y yo también lo soy, pero ello no obsta para que le tengamos miedo al reloj-calavera, que ha matado á otros tan valerosos como nosotros!... Pero no te amedrentes y escúchame: hay otros que le han hecho cosas más terribles á ese Jacobo Ork... lo que tú hiciste, fué únicamente ejecutar una orden del emperador... Quizás lo sepa él... y quizás no somos nosotros quienes debemos amedrentarnos... sino el propio emperador y tal vez Leopoldo Fernando. Qué pálido estaba mi pobre padre... Dicen que Jacobo Ork no perdona... y si es cierto que le mataron á la mujer y á los hijos... me parece á mí que tiene razón... Lo propio haría yo si vinieran á matarte, Carlos... Pero escúchame, yo sé cosas que ahora que

soy tu esposa puedo contarte... No solamente le mataron á la mujer y á los hijos, sino que también le mataron á un amigo del alma... un amigo secreto, el hermano misterioso de su venganza .. Y á ese se lo mataron como á un perro!

— ¿Á quién te refieres, Regina?...

— ¿Por qué me preguntas su nombre?... Lo sabes tan bien como yo, porque Leopoldo Fernando no pudo ocultarte hazaña tan meritoria! Y te aseguro que puede costarle caro á mi padre... tiemblo por él...

— Mas ¿á quién te refieres?... insistió la voz angustiada del duque..

— No tinjas ignorancia. Acuérdate de la noche trágica de la Embajada de Austrasia... No tiembles!... La locura de María Silvia!... No finjas asombro!... Estabas en París con nosotros... Toda la familia estaba allí... y *Reinaldo también!*

— Reinaldo?

— Sí, Reinaldo.. Reinaldo el gitano... Chitón!... no hagas ruido.. quédate junto á mí... que yo te lo contaré todo si nada te dijo Leopoldo Fernando.. Fué Leopoldo Fernando quien dió muerte á Reinaldo!... ¿No sabes por qué? Sí lo sabes, porque no eres un tonto, pero sabes guardar los secretos de Estado... Pues bien, lo mató, porque Reinaldo era el amante de mi madre. Todo eso es terrible ¿verdad? Pero bien puedes suponer, querido mío, que la reina María Silvia no se volvió loca en un momento y sin razones para ello... Es preciso que haya razones para perder la razón, amor mío!

Carlos contempló el grave semblante de Regina, donde sólo se pintaba la tristeza.

— Es horroroso, continuó ella, hablar de semejantes cosas en momentos en que sólo debiéramos ha-

blar de amor... pero en nuestra familia siempre ha sucedido lo mismo... el amor y la muerte andan asidos de la mano... *y las noches de amor han sido generalmente noches de duelo!*... Pobre María Silvia!... Pobre Reinaldo!...

— Te confieso que yo tenía conocimiento de lo ocurrido porque Leopoldo Fernando jamás me ocultó nada. Pero tú, ¿cómo lo supiste?...

— Porque lo presencié...

— ¿Cómo así?...

— Más bajo, Carlos, permanece tranquilo, te lo suplico...

— ¿Qué viste?

— Vi á Leopoldo Fernando dar muerte á Reinaldo.

— ¿Con sus propias manos?

— No te alejes, quédate aquí, contra mi pecho, Carlos mío. ¿Por qué tiembles, por qué me miran tus ojos como si nunca me hubieran visto?... Abrázame, que estrechándonos seremos más fuertes. Te decía que vi cuando Leopoldo Fernando dió muerte á Reinaldo... ¿Y me preguntas si lo hizo con sus propias manos? Naturalmente! ¿Quién otro habría podido hacerlo sino el rey de Carintia, el esposo que sorprendió á Reinaldo en la alcoba de la Reina y le abrió la frente de un terrible sablazo?... Eso no lo presencié porque como muy bien puedes comprender yo no me hallaba presente cuando mi madre recibía á su amante... Mi hermana y yo dormíamos en aquel momento *con sueño de piedras*... Leopoldo Fernando nos había hecho beber un narcótico con cierto objeto que comprenderás más tarde... Haciendo un esfuerzo inaudito pude vencer el sueño que me abrumaba y oí la primera carcajada de loca de mi madre... luego se la llevaron... hubiera querido llamarla, tenderle los brazos, pero me hallaba en incapa-



cidad total de hacer un solo movimiento... apenas lograba levantar un tanto los párpados...

« Una vez que se la hubieron llevado, hice esfuerzos sobrehumanos para vencer el sueño y así pude ver momentos después cómo Leopoldo Fernando traía arrastrando á Reinaldo, al amante de mi madre y lo colocaba al pie de nuestro lecho para hacerle creer también que estábamos muertas y presenciar su desesperación, pues creía que Tania y yo éramos hijas de Reinaldo. Este no había querido hacerle tal confesión y por ése motivo le habían abierto el cráneo de un sa-blazo... Yo apenas podía levantar los párpados para ver esa frente ensangrentada; el espectáculo era horripilante, pero aun en la agonía guardó su secreto y sucumbió jurando que no éramos hijas suyas. Mas, ¿por qué te alejas de nuevo, Carlos mío?

— ¿Estaban solos? preguntó Carlos con voz casi inteligible.

— Seguramente que estaban solos, respondió Regina. Bien comprendes que á Leopoldo Fernando no se le habría ocurrido invitar á nadie á semejante escena. Mas no te vayas, ¿por qué tiembles? ven á mi lado, cerca, muy cerca, que lo más terrible no te lo he dicho aún. Mala noche de bodas tenemos, amor mío, pero, según parece, lo propio ocurre desde hace siglos en la familia de Carintia... Acércate más y escucha: Leopoldo Fernando no es nuestro padre... Ni Tania ni yo somos hijas de él... Chitón!... Calla... Lo adiviné esa noche terrible... Somos hijas de Reinaldo... simples gitanillas... bastardas... pero imagino que ello no será obstáculo á que me ames... porque de todos modos llevo sangre real en mis venas... mi madre era reina ó hija de reina y mi padre, Reinaldo el gitano, descendía en línea recta de los príncipes de Buda y pretendía el trono de Hun-

gría. Más tarde Orsová y Milly me revelaron todos los detalles. Le intentó comunicarlos á Tania, pero no pudo ó no quiso comprenderlos, lo cual fué preferible, porque es un alma endeble y no habría sabido guardar el secreto.

« Nuestras sirvientas, al ver que nos alejaban de la corte, le probaron á Leopoldo Fernando que mi madre y Reinaldo no se conocían cuando nosotras vinimos al mundo. Entonces nos hicieron regresar á la Hofburg y nos devolvieron el rango que nos correspondía. Me fué preciso ver y besar diariamente á Leopoldo Fernando, al hombre que había dado muerte á mi padre... ¿Comprendes ahora, Carlos, porqué esperaba con tanta impaciencia esta noche de bodas para abrirte mi corazón y que leyeras en él todos esos horribles secretos?... Lleno y rebosante lo tengo del odio que le profeso á Leopoldo Fernando, querido por Tania porque no lo vió, como yo, matar á su padre!... Oh! Carlos, aunque viviera mil años, siempre recordaría á mi padre ensangrentado, cayendo sobre mi boca con la frente abierta... Mi boca le besó su herida... mi boca se ensangrentó con su sangre... y el horrible Leopoldo Fernando lo arrancó de mi lado y echó á rodar por el suelo su hermoso cuerpo (porque mi padre era hermoso como un dios)... é inclinándose sobre él, ví que levantaba el brazo y le clavaba un puñal en el corazón hasta la empuñadura!... ¿Por qué gritas, Príncipe Rojo? Excúsame... te apreté el brazo creyendo que era el brazo homicida... el brazo de Leopoldo Fernando!...

« ¿Comprendes ahora porqué no me inquieta que Jacobo Ork se vengue de Leopoldo Fernando!... Lo que me interesa ahora es que nos amemos, Carlos mío... Aun nos queda la mitad de la noche... Amémonos... Amémonos!... Y cuando despunte la aurora, después

de esta noche maravillosa, sabremos que á Leopoldo Fernando lo encontraron en el fondo de algún abismo ó sencillamente en su cama con el corazón atravesado por doce puñaladas... Ven, amor mío!... Pero escucha... escucha!... El reloj-calavera da las doce campanadas de las dos y cuarto .. Las doce campanadas de la hora de la venganza!... Pero bien puedes convencerte de que no toca para nosotros, puesto que aun estamos vivos!... »

Imposible nos parece describir el pánico que se apoderó del duque cuando supo que Regina conocía el secreto de la Embajada de Austrasia y que era la hija de su víctima. Pero la princesa la calmó con la dulzura de su voz y lo hechizó con la dulzura aun más dulce de sus caricias.

Con impúdico desenfado arrojó al suelo el último vestido que la cubría y tomando á su esposo por la mano, condújolo hasta el lecho nupcial.

El abrazo fué estrecho. Carlos pegó su boca á la fresca boca de la princesa, pero casi al mismo tiempo él dió un gruñido de fiera herida y ella un grito de fiera triunfante : le había puesto las esposas y mientras él rugía de desesperación sin poder libertarse de los hierros que se le enterraban en las manos, ella le gritaba :

— Estás en mi poder, Príncipe Rojo!... Soy dueña de tu brazo, del brazo que hundió el puñal en el corazón de mi padre... Venid vosotras, Orsova, Milly!...

Acudieron las dos mujeres y encontraron á la Reina del Aquelarre inclinada sobre la horrible figura de Carlos y escupiéndole la cara. Orsova exclamó :

— Ahora puedo morir tranquila!

— Yo no he de morir hasta que no le vea muerto! declaró Milly.

— ¿Qué género de muerte le vamos á dar? preguntó Orsova...

— Ve en busca de Reginaldo y Myrrha, ordenó la princesa, y recuérdale á Myrrha que traiga el regalo de bodas. En pie! gritóle al Príncipe Rojo, ponte en pie para recibir á mis huéspedes. Y lo obligó á levantarse, empujándolo con su terrible muñequita...

## IV

## CONTINUACIÓN DE UNA NOCHE DE BODAS

Reginaldo llegó el primero; Regina estaba desnuda: y de todo aquel espectáculo que se presentaba ante los ojos del joven, Regina desnuda y manteniendo prisionero al duque de Bramberg, aterrorizado y miserable, y Orsova bailando en derredor del grupo una danza de hechicera y cantando una melopea gitana, sólo vió Reginaldo la desnudez tentadora de su princesa...

Esta lo advirtió y dijole con tono brutal:

— ¿Qué miras?... ¿No ves que te traigo al que te prometí?... Miralo á él... que después tendrás tiempo sobrado para mirarme... Ven, apodérate de él, que ya me siento fatigada y si lo sueltas te juro que te he de fustigar con el látigo del Gran Coesre hasta darte la muerte...

Reginaldo, comprendiendo que tanto el duque como la princesa le pertenecían y que podría matar al uno primero y amar á la otra después, dió rienda suelta á su gitana alegría y exclamó:

— Si Myrrha estuviese presente

En el mismo instante apareció Myrrha conducida por Milly.

— ¿Está ahí! preguntó temblando de felicidad... *Es mio, me pertenece!*

— Myrrha! exclamó Reginaldo, es tuyo, aquí lo tengo bien agarrado!... Puedes hacer de él lo que mejor te plazca!

— *Quiero sus ojos!* ¿Dónde están sus ojos, Reginaldo? Mucho tiempo hace que los espero!...

Y los dedos de la ciega, temblorosos y terribles, buscaban en el espacio las pupilas deseadas y en su impaciencia hacían gestos desesperados, como si ya se estuvieran hundiendo en las órbitas del duque. Este gimió como un niño y púsose á agitar locamente la cabeza para escapar á la persecución de los deditos implacables...

— Mantenedle firme la cabeza, que se mueve mucho, dijo Myrrha, pues tengo ansia de arrancarle los ojos...

El semblante de Myrrha permanecía tranquilo, pero irradiaba de grave y profunda alegría... Ya iba á enterrar las uñas en los ojos del duque, cuando Regina exclamó:

— Basta!... Mi querida Myrrha, no me es posible darte los ojos del Príncipe Rojo!

— ¿Qué escucho? exclamó Myrrha estupefacta. ¿Si no son míos los ojos del Príncipe Rojo, á quién pertenecen entonces?

— Al amo del reloj, Myrrha, á nuestro amo común.

— Mi único Jefe eres tú y no reconozco otro!

— Tendrás los ojos del duque pero las pupilas las necesita el Amo!

— ¿Para qué?

— Para que contemplen el Cuarto del Dolor las arrancas no podrán ver nada!

— ¿Entonces qué quieres que haga con estos dedos que no pueden arrancarle los ojos al Príncipe Rojo? ¿Habré de cortármelos?

— Efectivamente, subrayó Reginaldo.

— Voy á decirte, Myrrha, lo que has de hacer con tus dedos. ¿Tienes ahí mi regalito de bodas?

— Aquí está, respondió Milly.

— Bien, ábrelo y ensártale una aguja á Myrrha, ensártale una aguja con hilo de oro, que va á coser!

Todos comprendieron la intención de Regina y la aprobaron con exuberante satisfacción.

La princesa les explicó :

— En esa forma todós han de quedar contentos : Myrrha lo privará de la vista y el Amo del Reloj, cuando quiera enseñarle el cuarto del dolor, no tendrá sino que descoserle los ojos!

— Sí, contestó Myrrha, voy á coserle los ojos... Manténlo con mano de hierro, Reginaldo, para operar con tranquilidad, dénme aguja é hilo!

— Le va á coser los ojos!... le va á coser los ojos, cantaban, dando saltos en el cuarto, las dos viejas enloquecidas... En realidad Regina es nuestra soberana, la reina de todos los andariegos y vagabundos!...

Myrrha tomó la aguja ensartada con hilo de oro y mientras los demás mantenían inmovilizado al Príncipe Rojo, la ciega pudo coserle los ojos con tranquilidad. Aquella escena fué terrible por la manera grave y serena con que todos gustaron el placer de la venganza : Orsova tenía entre las manos gran parte de los cabellos del duque ; Milly le arrancó una oreja pronunciando con tan conmovedor acento el nombre de Reginaldo que bien hubiera podido decirse que en tiempos ya lejanos lo había amado con verdadera pasión : Reginaldo le molía los huesos con los grilletes mien-

tras contemplaba el cuerpo desnudo de la princesa.

Myrrha dió la última puntada y *se hizo la noche en las pupilas del Príncipe Rojo!*

El desdichado yacía en el suelo como muerto. Á Regina le provocó verlo andar y para darle fuerzas hizole administrar un cordial por Orsova... Quitáronle las esposas y el duque extendió las manos ensangrentadas, como para palpar el vacío ; dió algunos pasos inseguros y por último tropezó violentamente contra un mueble que rodó por el suelo.

— Myrrha lanzó una estrepitosa carcajada, que los demás imitaron, y dijo :

— Si me fuese dado verlo ciego! Pero contadme... decidme... ¿verdad que trata de caminar?... ¿que extiende los brazos en la obscuridad como yo lo hacía cuando caminé por primera vez entre tinieblas?... Ah! se tropieza contra los muebles, burlémonos de él, burlémonos!...

Y con efecto, entre todos se divirtieron empujándolo y gritándole : « Por acá!... Por allí no!... Cuidado!... Avance!... Retroceda!... Cuidado!... Patatrás! »

Solo Reginaldo no se divertía con el ciego : su imaginación toda estaba concentrada en la esplendente desnudez de la princesa.

Regina ordenó :

— Que se lo lleven. Ya sabéis á dónde debéis conducirlo.

## V

## FINAL DE UNA NOCHE DE BODAS

Reginaldo y Regina quedáronse á solas en la alcoba nupcial. Reginaldo temblaba de amor, Regina le sonreía

Preguntóle él :

— ¿Por qué no me pusiste al corriente de tus planes?

— Porque eras demasiado estúpido para comprenderlos.

— Gracias.

— No te molestes, que nada hay tan tonto como un enamorado y tú habrías querido matarlo cada vez que me besaba...

— ¿Cuál era el efecto que te producían sus besos.

— Me gustaban mucho.

— Gracias.

— ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque á mí me hacían sufrir.

— Era para darte más felicidad, contestóle ella...

Y Regina cumplió su promesa...

Los dulces rayos de la aurora los sorprendieron entrelazados y felices... Ya Reginaldo se iba á dormir

cuando oyó un grito terrible que lo sacó de la cama como movido por un resorte.

— ¿Qué diablos es eso? preguntó.

— Es la torre *Jaula de Hierro* que se despierta! contestó Regina.

Levantóse ella también, se echó sobre los hombros una bata y tomando á su esposo por la mano, condújolo al través de los oscuros corredores :

— Ven para que veas el despertar de la torre *Jaula de Hierro*... Terrible grito, ¿verdad?

Y pasándole el brazo por el talle, con andar calmado y feliz de gentes que se adoran, llegaron á la torre por la escalera que subió Matías cuando lo trajeron á componer el reloj.

Á sus plantas vieron la inmensa *Jaula* que parecía un precipicio, circundada por larguísimos barrotes de hierro terminados en afiladas puntas.

En derredor de la *Jaula* y saltando de barrote en barrote con agilidad extraordinaria, paseábase una especie de mico que se divertiera en correr por toda ella como buscando una entrada por donde colarse... Mas de pronto iluminó el antro un rayo matinal y el mico tomó aspecto de persona. Reginaldo exclamó :

— Es el enano paralelepípedo de cinco patas!

— Calla! Escucha y mira! díjole Regina, que ya empieza á filtrar la luz del día.

Reginaldo se puso á examinar el antro y lanzó un grito de horror. . . . .

Dejamos á Leopoldo Fernando suspendido sobre el abismo que forma el torrente que cae á los pies de la torre *Jaula de Hierro*.

Cuando hubo llegado al fondo reconoció la figura del padre de Margarita Müller. Pensó que seguramente iba

á ser su presa y que el anciano se vengaría de manera terrible.

Los otros dos viejos bajaron por caminos desconocidos hasta de las propias cabras y reuniéronse al viejo Enrique.

Matías encendió un fósforo, miró el reloj y dijo :

— Todavía tenemos tiempo de sobra.

Encendieron sus pipas y se pusieron á fumar tranquilamente.

De pronto se oyeron doce campanadas, las doce campanadas de las dos y cuarto. Los tres viejos se apoderaron del rey y por una especie de laberinto natural formado en el cauce del torrente, condujéronlo hasta la Jaula de Hierro que Leopoldo Fernando reconoció enseguida, porque allí le *prodigó cuidado* á la desdichada reina de Carintia.

Una vez en el calabozo le desligaron los brazos y las piernas, pero las manos las tenía atadas á la espalda con fuertes cadenas cuyos eslabones eran puntiaguados.

Púsose á recorrer la Jaula por ver si encontraba un poco de agua, pero sólo halló un hueco donde estuvo á punto de caer. Aterrorizado, acostóse en el suelo y como tuviera la garganta abrasada, gritó :

— Agua!

Nadie respondió; alzó la cabeza y como ya tuviera la vista acostumbrada á las tinieblas, distinguió una especie de monstruo agarrado á los barrotes, que parecía tener cinco patas y barba humana y que lo perseguía tirándole los cabellos.

El rey, lleno de pánico, arrastróse por el suelo, tratando de esquivar el monstruo y temiendo caer en el hueco invisible que se abría á sus plantas.

No encontró el hueco, pero encontró algo que parecía

más negro que la oscuridad y que tenía la forma de un montón de trapos viejos olvidados en la Jaula de Hierro.

Leopoldo Fernando tocó aquello con el pie y entonces se oyó el terrible grito que hizo decir á Regina : « Es el despertar de la torre Jaula de Hierro! »

Leopoldo Fernando retrocedió tan bruscamente al oír ese grito salvaje que llegó hasta el borde del hueco y durante un momento se sintió balanceado sobre el abismo. Paráronse los cabellos mientras hacía esfuerzos sobrehumanos por recobrar el equilibrio, lo que consiguió al fin, y entonces se echó por tierra resuelto á no dar ni un paso más. ¿Lo habrían encerrado acaso con alguna bestia feroz? pensaba. El montón había hecho un movimiento y luego había, vuelto á quedarse inmóvil. El rey sintió ruido y á los pocos segundos vió entrar en la Jaula á Carlos de Bramberg. Los tres viejos con el fusil al hombro lo conducían y como advirtieran que el hueco estaba destapado, lo taparon, cerraron la puerta de la Jaula y pusieron á custodiarla.

Leopoldo Fernando no se extrañó de ver entrar á su amigo, pues ya nada le extrañaba. Advirtió que Carlos tenía las manos libres y ese detalle le hizo concebir alguna esperanza, á pesar de los desolados gemidos que lanzaba el duque.

Acercósele y díjole :

— No te muevas; soy yo, Leopoldo Fernando; te suplico que continúes gimiendo mientras te hablo... ¿Me preguntas dónde estamos?... ¿No viste acaso á dónde te conducían?...

— No puedo ver; porque *me cosieron los ojos!*... Y siguió gimiendo.

— ¿Quién te cosió los ojos?

— Regina!

— ¿Mi hija?

— No es tu hija... Es hija de Reinaldo y lo venga...

— Ah!!!

Si le hubiesen mordido el corazón á Leopoldo Fernando no le habría dolido tanto como la revelación de que las gemelas de Carintia no eran hijas suyas.

Mas de pronto se puso en pie y lanzó un grito tan espantoso, que el propio Carlos cesó de gemir y también se puso en pie.

— ¿Qué sucede?

— Que... que... Ah! pero tú no puedes ver, precá-vete!...

— Defiéndeme, que me estrangulan, socorro!

— Socorro!... Tú tienes las manos libres y yo las tengo atadas!...

— Sí, pero yo no veo!...

— Ahora viene hacia mí! .. Es ella, es ella!...

¿A quién vió el rey?

El montón que parecía de trapos viejos acababa de erguirse tomando forma humana y femenina...

María Silvia!... María Silvia!...

Los habían encerrado con María Silvia, con la loca en una Jaula, y el uno tenía las manos atadas y el otro no podía ver!... Horror!... Horror!...

La reina loca se arrojó primero sobre el duque y le enterró las uñas en la garganta y de seguro lo habría estrangulado sin la tentación de la otra presa... Dejó al duque para cebarse en el rey y como no podía estrangularlos á un tiempo mismo iba de uno á otro con furia infernal, arañándolos, mordiéndolos, arrancándoles la piel á pedazos!...

Los desdichados giraban en derredor de la Jaula verdaderamente enloquecidos mientras la loca, que primero se deleitó en silencio, lanzaba gritos salvajes...

Era tan espantoso el espectáculo que los tres ancianos dejaron de pasearse y que el mico con forma humana cesó sus brincos...

Arriba, en el balcón interior de la torre decía Regina á Reginaldo :

— Es este un maravilloso remedio para curar á mi pobre mamacita; me lo indicó un médico de la Puerta de Hierro. Según parece, solo le pasará la locura *cebándose* en Leopoldo Fernando y en el Príncipe Rojo. Por eso se los di y dentro de ocho días ellos se habrán vuelto locos, pero mamá habrá recobrado la razón...

.....